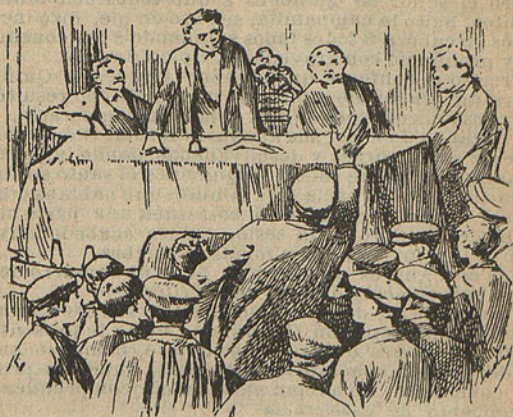


CULTURA POPULAR



DEMOCRACIA Y DEMOCRACIA

Lo que voy á referirte, lector amado, sucedió en la villa de C..., población de tercero ó cuarto orden que contará de cinco á seis mil habitantes, y cabeza de distrito.

Era época de elecciones de Diputados á Cortes. El partido democrático presentaba allí su candidatura en la persona de don... llamémosle don Caralampio Alvarez de Quiñones.

La presentación hubo de hacerse en el teatro.

Dos días antes se fijaron en las esquinas unos cartelones donde en letras muy gordas se invitaba á los obreros á asistir á una conferencia en que el candidato expondría el regenerador programa de gobierno que trataba de realizar cuando ocupase el poder el gran partido democrático.

La mayoría de los habitantes de la villa de C... era más dada á trabajar que á politiquear. Pero eso de una conferencia dada por un señor don Caralampio Alvarez de Quiñones no era espectáculo que se diese todos los días, y el

hecho fué que el local se llenó, si no de adictos, al menos de curiosos.

Arrellanado en un sillón, que días antes había servido para don Pedro el Cruel en el drama *El Zapatero y el Rey*, esperó el señor de Quiñones á que todos ocuparan sus asientos, agitó la campanilla, se puso en pié, hizo inclinaciones de cabeza á todos lados saludando á los concurrentes, y pronunció con gravedad el típico *Señores*.

Preciso es confesar que el señor Alvarez de Quiñones no era un orador de punta: al menos allí no resultó tal. Ni expuso el concepto de la verdadera democracia, ni lo que trataban de hacer sus amigos al formar Gobierno. Las frases le salían torpes y deshilvanadas, dando lugar á sospechar que al pobre señor de Quiñones el santo se le había ido al cielo. No hacía diez minutos que hablaba cuando tuvo que apercibirse de como bostezaba una parte no pequeña del auditorio, y la sesión habría acabado muy fría si no se le ocurre á Andrés tomar la palabra.

Era este Andrés un tonelero; pero un tonelero de bastante instrucción y de muy buen criterio.

Y tomando pié de la invitación que á sus oyentes había hecho el candidato don Caralampio á que le presentaran las observaciones que se les ocurriese, comenzó Andrés por decir que muchos de los presentes, humildes proletarios como eran, no habían alcanzado á comprender bien el concepto de *democracia*.

—Está muy bien, contestó don Caralampio, aquí estoy yo para ilustrarles á ustedes. ¡La democracia! ¿Queréis, señores, saber lo que es la democracia, qué es lo que significa esta palabra? Yo os lo voy á decir: la democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo. Hoy el pueblo ya es mayor de edad; no necesita tutela; debe gobernarse él mismo; debe tener intervención directa en el gobierno del país. Nuestra nación es desgraciadamente una nación atrasada, una nación que se muere, que se extingue, porque tiene dentro del cuerpo el virus letal de la reacción; y es menester que arroje de su seno este virus. A esta España moribunda hay que ingertarle nueva vida, y esta ha de ser la obra, la fecunda obra del partido democrático. Si, señores; hay que llevar á España vida nueva.

—Es lo que decía el Padre predicador que vino aquí á hacer unas Misiones: hay que hacer vida nueva,—interrumpió uno de los concurrentes.

—Suplico al respetable auditorio que no me interrumpa, porque pierdo el hilo. Decía, pues, que somos una nación atrasada, y es menester que seamos una nación progresiva con vistas á Europa, una nación mundial.

—Usted perdone,—observó el tonelero Andrés,—es que tampoco entendemos bien qué sea eso de una España con vistas á Europa, ni lo otro de nación mundial.

—Quiero decir—prosigue el conferenciante—que hemos de ser una nación adelantada como Francia, por ejemplo; que desterremos de nuestro país el ominoso clericalismo que nos degrada...

—Poco á poco, señor de Quiñones,—interrumpió Andrés:—si esa es la democracia que V. nos trae, por mi parte V. quedarse con ella. ¡No que nó! Cristiano nací, cristiano soy, cristiano morire, como hijo sumiso de la Iglesia católica y sujeto á sus enseñanzas. Y si me viene V. con que mis ideas son clericales, que equivale á decir católicas, le diré á V. que á mucha honra y que al profesarias estoy en mi perfecto derecho. Llámelas V. como quiera, estas ideas informan mi conciencia. Y coartar la libertad de mi conciencia fuera un acto de tiranía.

—Es que el anticlericalismo no va contra los católicos, á quienes se debe respetar en sus creencias,—observó don Caralampio:—contra quien va es contra los Curas.

—Sí, ¿eh? Yo no sé qué libertad ni qué democracia es esa. Precisamente, yo tengo un hijo que estudia para Cura, y quiere serlo en virtud de su indisputable derecho que vosotros los demócratas no le podeis cohibir.

—Enhorabuena; yo os concedo que los Curas encajan perfectamente dentro de la democracia que nos proponemos plantear. En lo que pondremos mano, y mano fuerte, es en las Asociaciones religiosas.

—¡Alto ahí!—exclamó uno de los concurrentes.—Aquí tenemos unas monjas que ya os guardaréis bien de tocarlas para nada. Enseñan á nuestras hijas y lo hacen admirablemente; cuidan de nuestro hospital, y fuera del hospital velan á los enfermos pobres de la villa.

—Y varias de ellas,—prosiguió diciendo Andrés,—han salido de casas ricas. Renunciar á sus riquezas, á sus comodidades, hasta á su familia, para desterrarse de su país, meterse en un hospital á cuidar nuestros enfermos ó en una escuela á educar niñas pobres, todo esto nosotros lo encontramos muy democrático.

—Si lo que V. dice está muy bien,—observó don Caralampio;—esas Religiosas de que ustedes hablan son ángeles de la tierra; nosotros las respetamos. Pero esas otras asociaciones de hombres...

—Poco á poco,—replica otro:—aquí tenemos los Padres Escolapios, que se dedican también á enseñar niños pobres, y por la noche dan clases á los obreros.

—Esto, esto es democracia de la buena,—prosiguió Andrés: y espetó un discurso sobre la verdadera democracia que el Sr. de Quiñones no había acertado á definir.

Trabajar para el pueblo, hacer bien al pueblo, gobernar en bien del pueblo; esta es la verdadera democracia, la que se esfuerza en hacer el mayor bien posible al mayor número posible y á los más necesitados: y como el mayor

número lo forma la clase trabajadora, y como los más necesitados se encuentran en la clase proletaria, el Gobierno más democrático será aquel que proporcione mayor número de bienes y especialmente al proletariado. ¿Que hay patronos que tratan al trabajador como una máquina? pues obligarles á que traten al trabajador como hombre. Y lo mismo hay que decir de esa industria que se llama la política, en la que muchos la explotan en provecho propio considerando también al obrero como una máquina; si, señor don Caralampio, máquina de hacer diputados; y en mitins y periódicos hablar de libertad, de democracia, todo dirigido á tener bien montada esa maquinaria. Pues digo yo que un Gobierno verdaderamente democrático debe librar al pueblo de esas explotaciones, educarle, darle el sentimiento de la ciudadanía. Y así sería si los gobernantes tuvieran espíritu cristiano, que es lo que les falta. Un Gobierno democrático debe esmerarse en remediar las injusticias sociales; y si es una democracia cristiana—la mejor de las democracias,—donde no alcance la justicia debe alcanzar la caridad; la caridad, que es más extensa, más fecunda, más dignificadora que eso que se califica de altruismo, de solidaridad social y que suele reducirse á meras palabras sin efectividad práctica.

¿Y lo de la candidatura en qué quedó? Don Caralampio renunció generosamente á ella y hasta á dar conferencias sobre la democracia, especialmente en puntos en que pudiese haber toneleros que tomasen la palabra y pusieran los puntos en las *tes*.

LOS ÍDOLOS DEL PUEBLO

Hé aquí la democracia de esos ídolos del pueblo que han predicado y predicán á todas horas que ellos solos son los libertadores, los desinteresados, los que únicamente han llevado una vida de abnegación por amor... al pueblo:

Eugenio Sué tenía más de 24,000 libras de renta que el pueblo no vió jamás. Llevaba vida sibarítica, y su cuarto estaba tapizado de satén blanco, con cama de marfil.

Victor Hugo, escritor de las modernas teorías librepensadoras, tenía una renta de 500,000 libras, y era además tan avaro, que él mismo blasonaba de sus ruindades y ta-cañerías.

Mr. Bebel, fundador del socialismo, lamentábase (dice Bucher, testigo nada sospechoso) de tener que estrechar todos los días manos sudosas y encallecidas.